



DISCURSO DE TOMA DE POSESIÓN

Palacio de San Telmo, 18-7-2017

Sra. Presidenta de la Junta de Andalucía

Sr. Consejero de Economía y Conocimiento

Sr. Secretario General de Universidades, Investigación y Tecnología

Sra. Rectora Magnífica, Sres. Rectores Magníficos de las universidades de Andalucía que hoy nos acompañan

Dignísimas autoridades autonómicas, provinciales y locales que han tenido la deferencia de asistir a este acto

Miembros de la comunidad universitaria de Huelva, queridas y queridos compañeros, estudiantes de la universidad, amigas y amigos,

Decía don Quijote que el mayor pecado del ser humano es el desagradecimiento. Para contradecir, siquiera sea por esta vez, a Miguel de Cervantes quiero que mis primeras palabras en este acto sean de gratitud hacia todas aquellas personas que, con su ilusión, con su compromiso y (como decía Juan Ramón Jiménez) con su trabajo gustoso hacen posible que la Universidad de Huelva, nuestra universidad, avance con decisión todos los días hacia el



horizonte de su primer cuarto de siglo, que cumplirá el año que viene.

Estamos en un palacio, hoy sede del Gobierno de Andalucía, que se construyó hace más de 300 años para albergar el Colegio de San Telmo, institución de primer nivel científico amparada por la Universidad de Mareantes. A lo largo de más de siglo y medio, fueron muchos los marineros y pilotos de Huelva que estudiaron en San Telmo la ciencia de la navegación y, a pesar de la diferencia de edad y época entre una institución y otra, la Universidad de Huelva se siente heredera de ese impulso y de ese amor por el conocimiento, cuyos ecos aquí se perciben nítidamente.

Hoy parte de esos recuerdos vuelven a este palacio como comunidad universitaria, gracias a que, en la historia de la provincia de Huelva (pronto harán treinta años), se produjo una conjunción sin precedentes por la que toda la sociedad onubense, más allá de sus diferencias ideológicas o de opinión, se puso de acuerdo en reivindicar la creación de las tres facultades que dieron origen a nuestra universidad. Esa fecha, que actualmente celebramos como Día de la Universidad de Huelva, demostró la fuerza creadora de una ciudadanía unida en pos de unos mismos valores y objetivos y nos enseñó que el único camino posible para el afianzamiento de la institución era la estrecha relación de nuestra vocación científica y las necesidades y aspiraciones de la sociedad.

Por eso es necesario mostrar un agradecimiento muy especial a todos los miembros de la comunidad universitaria que, en las últimas tres décadas, han puesto su esfuerzo y su ilusión en favor de la Universidad de Huelva, y a la Junta de Andalucía, en la figura de su presidenta, por haber sido históricamente sensible a las reivindicaciones de la sociedad onubense y por habernos acompañado en este largo camino de creación, consolidación y expansión de la Universidad de Huelva por el que trabajaremos juntos también en los próximos años.



Por supuesto, quiero dar las gracias a los cuatro rectores que me han precedido (Francisco Ruiz Berraquero, Antonio Ramírez de Verger Jaén, Francisco José Martínez López y Francisco Ruiz Muñoz), pues una de nuestras obligaciones éticas es mantener viva la memoria de la universidad y porque todos ellos, en épocas distintas y afrontando necesidades y problemas también diferentes, han trabajado para el progreso de nuestra institución. Junto a ellos, la gratitud ha de extenderse a todas aquellas personas que, desde sus puestos de responsabilidad en los consejos de dirección, de gobierno y claustro, y desde las facultades, escuelas universitarias, departamentos, grupos de investigación, servicios administrativos y técnicos, delegaciones de estudiantes y, en fin, todas las instancias desde que se gobiernan los destinos de una institución tan compleja y tan rica en matices como una universidad, han puesto lo mejor de sí mismas para su avance científico, humanístico y social. A todas ellas, que son muchas, también debe mucho la Universidad de Huelva, así como a casi el millar de profesoras y profesores, el medio millar de miembros del personal de administración y servicios y a los miles de estudiantes que construyen todos los días del curso, y un curso tras otro, esa noble y hermosa tarea de la generación y la transmisión del conocimiento.

No voy a hablar hoy de los numerosos retos que nos esperan, ni de los proyectos que vamos a impulsar entre todas y todos para que la Universidad de Huelva ocupe el lugar que le corresponde en el panorama cada vez más competitivo de la universidad andaluza y española. Esos objetivos los compartimos todos quienes estamos hoy aquí, que sabemos que una universidad de nuestro tiempo no puede subsistir sin dar el salto de calidad que la sitúe como una referencia clara de la excelencia docente, de la investigación de impacto y de una gestión eficiente del esfuerzo y los recursos. Con el tamaño medio de las universidades europeas, y con una plantilla mayoritariamente joven e innovadora, la Universidad de Huelva está en condiciones de afianzar su oferta formativa y sus resultados



científicos y proyectarse sólidamente a través de los retos imprescindibles de la especialización, la virtualización y la internacionalización a todos los niveles.

Una universidad del siglo XXI no puede fortalecer ni justificar su presencia en la sociedad si no asume con convicción y responsabilidad su papel de liderazgo en el desarrollo socioeconómico y cultural de su entorno, como motor de su tejido productivo, como ariete de su proyección internacional y como ámbito de la cultura, de la cooperación, de la justicia y de la libertad en el sentido más hondo del concepto (libertad de acción y libertad de criterio), con lealtad a todas las instituciones que persiguen las mismas metas, pero con sentido crítico y usando del irrenunciable aguijón de la verdad científica, sin el cual la universidad no es nada, o es poco.

Permítanme que no hable ahora de estos grandes objetivos compartidos, ni me detenga en algunas realidades que los medios de comunicación han subrayado en los últimos días como resultado de las pasadas elecciones: por ejemplo, la presencia de otra mujer en el rectorado de una universidad española (a partir de hoy hay cuatro en un total de 50 universidades públicas; hace dos años sólo había una). Corresponderá a otros valorar si en algo contribuye a romper (o al menos a agrietar) ese techo de cristal que en la universidad española aún persiste, cercenando oportunidades a gran parte de las mujeres que deciden hacer carrera académica. Ése será un reto que la sociedad en su conjunto, más allá de las comunidades universitarias, tendrá que asumir con decisión a fin de conseguir la igualdad real entre hombres y mujeres en todos los espacios de la vida privada y pública.

Deseo hablar, en cambio, siquiera brevemente, de la filosofía que nos trae al rectorado y que, desde luego, parte de la administración del conocimiento científico y su transferencia a la sociedad, pero que trata de ir más allá. Eso está en sintonía con



una afirmación que hacía José Ortega y Gasset en un libro, *Misión de la Universidad*, que sigue estando de plena actualidad: “La ciencia es el mayor portento humano; pero por encima de ella está la vida humana misma, que la hace posible”. Estoy profundamente de acuerdo y pienso lo hermoso que es poder hablar, en estos tiempos que corren, de una universidad comprometida con el sentido ético de la vida, con la formación en valores de las personas, con el amor al conocimiento, con la transparencia, la igualdad y la democracia.

La universidad debe ser un faro ético situado en medio de la sociedad. La sociedad nos contempla y necesita ver en nosotros una institución que proyecte lo mejor de sí misma: la innovación, el afán por descubrir, el sentido solidario del conocimiento compartido y la búsqueda de un mundo mejor, más justo, sin fronteras, abierto a nuevos horizontes. Todos los días nos levantamos con noticias desalentadoras en los medios de comunicación. La inmensa mayoría de las personas quieren volver la vista a la universidad en estos tiempos de confusión y encontrar una institución que esté por encima de las pequeñas o grandes miserias de la vida humana, alejada de escándalos y rencillas, y que arroje luz sobre las necesidades, problemas y aspiraciones mayoritarias de la sociedad. Las últimas palabras que pronunció Goethe, según sus biógrafos, nos marcan el camino: “Luz, más luz”.

De acuerdo con esa luz, y ya que al lado del “qué se hace” importa tanto o más el “cómo se hace”, un rectorado democrático de hoy ha de adoptar un estilo de cogobierno participativo con todas las instancias universitarias, transversal, transparente y de claras referencias éticas, en el que, como decía Antonio Machado, diferenciemos las voces de los ecos, pero donde las voces sean plurales, numerosas e iguales en alcance. Eso sólo puede hacerse con el compromiso de que la universidad sea el ámbito de las personas. Porque una universidad no es nada sin las personas que



la forman: apenas una cáscara vacía sin sentido ni sensibilidad, por utilizar el título de Jane Austen.

Quiero, desde un primer momento, como he tenido ocasión de decir en muchas ocasiones en los últimos tiempos, reafirmar que el principal objetivo de la Universidad de Huelva será trabajar por las personas y velar por su justa estabilización, promoción y conciliación familiar y laboral. Sin ese objetivo, los demás serán parciales y estériles, pues no hay mejor productividad que la que emana de un personal que se ve valorado y motivado por la institución para la que se esfuerza y que siente como propios los proyectos y retos generales. No es una meta sencilla, pero con el apoyo de la Secretaría General de Universidades, la sana complicidad de las demás universidades de Andalucía y el respaldo y colaboración de los agentes sociales, estamos seguros de que lo conseguiremos.

En eso nos va mucho, no sólo porque el profesorado y el personal de administración y servicios necesita un marco seguro donde basar su rendimiento y la dignidad de su trabajo, sino porque, en último término, ese trabajo ha de redundar en el aprendizaje y capacitación de los estudiantes, que es el gran objetivo de toda universidad, de toda sociedad consciente. Unos estudiantes, unas estudiantes, que han de acceder a la universidad en igualdad de condiciones y encontrar en ella los instrumentos necesarios para su formación en conocimientos y en valores científicos y humanísticos, adaptados al mundo actual, pero intemporales en los principios que los animan. Por eso felicito a la Junta de Andalucía por el importante anuncio, realizado hace algunas semanas, de la futura bonificación de las matrículas universitarias, vieja aspiración de muchos colectivos que pronto va a ser una realidad.



Y es que, además de esforzarnos en los campos de la ciencia teórica y aplicada, hemos de trabajar con la vista puesta en otro horizonte que no es menor: aportar materiales e inspiración para construir una sociedad más integrada, en la que las oportunidades intelectuales y laborales estén mejor repartidas y en la que todos sean tratados según un criterio de igualdad, capacidad y mérito. Una democracia plena se basa precisamente en esto y no hay democracia, tampoco universitaria, si no trabajamos por incorporar a la vanguardia de la sociedad a quienes nunca lo han tenido fácil por sus circunstancias personales o familiares, a pesar de su curiosidad intelectual, su carácter emprendedor o su capacidad de innovación.

En la Universidad de Huelva tenemos valiosos ejemplos de superación que nos siguen emocionando por su perseverancia y fortaleza de ánimo. Como profesora del Aula de la Experiencia desde su creación, proyecto que a muchos nos aporta una especial satisfacción, he conocido a alguna alumna que, con más de 90 años, venía a clase con silla de ruedas sin faltar una sola tarde, y he tenido también la oportunidad de conocer a don Manuel Domínguez Martínez, que alcanzó su doctorado en Ciencias Empresariales a la edad de 93 años (el doctorando de mayor edad en la historia de España), y estudiantes que han alcanzado sus metas académicas a pesar de sus severas discapacidades físicas o sensoriales. Tener un recuerdo aquí para ellos es admitir una deuda con una parte de la sociedad que también debemos acoger, no como cuota, sino en la plenitud de sus derechos ciudadanos.

No sólo es la edad o la discapacidad la que a veces genera un muro entre las aspiraciones de la sociedad y la receptividad de la universidad. A veces es la situación económica y la exclusión social las que separan de nuestras universidades a personas que tienen mucho que aportar. Hay numerosos casos en la Universidad de



Huelva de antiguos estudiantes que, con valentía y convencimiento, han sorteado las mil y una dificultades del mercado laboral y han creado sus propias empresas, que hoy están en la vanguardia internacional en diversos sectores, o que han logrado un perfil profesional, científico o cultural de primera magnitud partiendo de situaciones personales difíciles. Trabajar con mi equipo -y con los centenares de personas que se han unido y unen a este proyecto- para estar del lado de quienes más obstáculos han tenido es, más que un compromiso, un auténtico deber ético.

Mi abuela materna murió sin poder cumplir el mayor de sus sueños: saber leer y escribir. Nació en el poblado malagueño de La Saucedá, emigró a Marruecos y, después de quedar viuda con tres hijos a la edad de 35 años, trabajó como cocinera sacando adelante a su familia. Fue un ejemplo de amor, trabajo y honradez para todos cuantos la conocieron. Mi padre comenzó a trabajar como arriero a los ocho años, estudió por las noches y, habiendo alcanzado un buen empleo en Gibraltar, el cierre de la verja decretado por el gobierno franquista en 1969 le obligó a emigrar, estableciéndose finalmente en Huelva con toda su familia para comenzar una nueva vida. Siempre le movió el objetivo de dar estudios a sus tres hijas. Hoy nos acompaña, a la edad de 89 años. No puedo dejar de mencionarlos aquí, porque su espíritu de superación y su dignidad personal me dan fuerza y me la darán en los momentos difíciles, que no faltarán. Para mí, que siempre estudié gracias a las becas, el trabajar para que la universidad pública sea un ámbito cada vez más accesible, más abierto y más justo no es sólo un objetivo académico. Es una filosofía de vida. La universidad no debe ser sólo la casa del conocimiento, sino también la casa donde quepan y crezcan todas y todos y un instrumento puesto al servicio de la mejora de la sociedad.



Agradezco su apoyo a todos cuantos me acompañan en esta tarea; a mi equipo, que tanta ilusión y ganas tiene de trabajar por la Universidad de Huelva y con quienes he compartido tantas horas e ideas hasta llegar a este momento; a todas las personas que han creído y que creen en este proyecto colectivo y en el papel que ha de desempeñar la universidad en una sociedad moderna y democrática, y que han contribuido aportando su visión de las cosas, su sugerencia oportuna, su colaboración sincera; a quienes estáis aquí presentes demostrando que todo esto os incumbe y os importa, que sois partícipes de ello, y que caminaremos y trabajaremos juntos a lo largo de los próximos años; a mis padres, mi marido, mis hijos, los demás miembros de mi familia, que son una parte imprescindible de este camino, incluida mi hermana, que nos dejó hace unos meses y cuyo recuerdo vivo quiero evocar expresamente en estos momentos.

Sra. Presidenta, autoridades, compañeros, amigas y amigos. Gracias por tanto. Quedan por delante cuatro años de trabajo. Quisiera que, al término de ellos, una vez concluida la responsabilidad que hoy comienza, podamos mirar hacia atrás y considerar que, con esfuerzo y honestidad, hemos contribuido a hacer mejor la Universidad de Huelva y que, en consecuencia, y en el ámbito que nos corresponde, hemos puesto al menos un poquito de luz, más luz, en la sociedad a la que pertenecemos. No hay reto más hermoso que ése. Muchas gracias.